

dos y que bauticé ciento diecinueve niños indígenas. Este espectáculo conmovedor no es fácil describirlo, es necesario haberlo presenciado para tener una idea de él.

Ya está dado el primer paso; a Vuestra Señoría Ilustrísima, ayudado del Señor, toca consumir la obra. Dios guarde a Vuestra Señoría Ilustrísima,

RAFAEL CELEDÓN

Presbitero

A las puertas del Paraíso

I

¡HU, HU!

Nivea-Rosa, la fría reina de los hielos, se ha cubierto ya de su vasto sudario de escarlata forrado de brumosa nieve, y con un gesto real ha abierto las puertas de su palacio de estalactitas y de icebergs, iluminado por una perpetua aurora boreal.

El invierno, aprisionado allí largos meses, ha aprovechado la ocasión para sacudir su letargo y emprender de nuevo el viaje por el mundo. A pesar de los siglos que pesan sobre su cabeza encanecida, marcha gallardamente, estrechando contra su pecho una rama de abeto cubierta de escarcha, y soplándose los gruesos dedos para calentarlos. ¡Hu! ¡hu! El viento del norte le sigue como un remolino, y las ráfagas de su cortante aliento agitan vivamente el enjambre de grandes copos de nieve, que flotan en el espacio, empañando los vidrios de todas las ventanas y cuajando los ríos y lagos en sus desiertas riberas.

¡Hu! ¡hu!

Las agujas de hielo, brillantes con todos los colores del arco iris, se esparcen por doquiera, produciendo un espectáculo maravilloso en medio de la noche.

Pero lo más hermoso de todo es la ciudad; cubierta toda de escarcha, resplandece y se alza deslumbradora

bajo el soplo del invierno, como una ciudad encantada, que surgiera de pronto al golpe de la varita de un mago.

Desde las fábricas hasta el muelle, desde el puente a la estación todo está blanco; las estatuas y monumentos parecen envueltos en niveos sudarios, y los árboles del *boulevard* semejan fantástica tropa de esqueletos.

El invierno ha caminado mucho sembrando muchas tristezas; pero todavía no está satisfecho, porque tiene el corazón duro y cruel, y quiere asegurarse por sí mismo de que la nieve cubre los tejados, el hielo cierra las puertas y el dolor habita en todas partes.

¡Hu! ¡hu! Héle aquí que franquea el portal de una inmensa casa. Quisiera penetrar con su aliento helado en todas las habitaciones; pero no hay que contar con eso; el calorífero las guarda muy bien, y detrás de sus cerradas puertas los ricos inquilinos burlan del importuno viajero. Sin embargo, éste no se desanima, y si se le impide la entrada en las casas grandes, entrará en las pequeñas. Allí sí que por todas partes hay corrientes, y allí se arroja él aullando de alegría: ¡hu, hu, hu!

Deslízase rápidamente como una sombra, y de un salto sube hasta llegar al tejado; penetra en todas las buhardillas y se detiene en las más miserables para desahogar allí su rabia. De un puntapié derriba la puerta, y abriendo súbitamente una ventana, da paso libre al viento del norte, helado como el cuchillo de la muerte.

II

EL SEÑOR BAUTISTA

Mientras que allí arriba se tiritaba de frío en la pobre buhardilla, el riquísimo banquero del primero, el señor Bautista, administrador de varias grandes compañías, diputado y miembro del concejo, arrancándose

penosamente al dulce calor de las sábanas, apoyó perezosamente un dedo en un botón eléctrico.

Inmediatamente Vicente, el ayuda de cámara, apareció llevando el agua caliente para la barba del señor.

—¿Qué tiempo hace, Vicente?—preguntó con tono breve el señor Bautista abotonándose su americana de paño gris sobre el prominente abdomen.

—Muy frío, señor, respondió Vicente; el termómetro marca por lo menos siete grados bajo cero.

—¡Cualquiera se lo figuraría!—exclamó el ricacho lanzando a su alrededor una mirada. Tenía razón, pues en aquel cuarto, todo recordaba la primavera; desde los pájaros cantando en sus jaulas de filigrana, hasta las maravillosas flores de Niza, cuyos aromas embriagadores flotaban en el ambiente como un perfume de céfiro.

Cierto que había diferencia de este derroche de lujo a la habitación pequeña, baja y sucia, de la miserable oficina donde el señor Bautista había *debutado* en calidad de quinto escribiente.

¡Ah!, no le había sido muy fácil salir de aquella miseria y llegar a la posición que gozaba ahora.

Había tenido que ahogar los gritos importunos de su conciencia: pasar por alto todas las preocupaciones de la delicadeza y, sobre todo, especular sin aprensión con las lágrimas de las viudas y los llantos de los huérfanos.

¡Qué importaba todo, puesto que había logrado su objeto!

¡Qué gran cosa es la especulación!

Al pensamiento de sus luchas y de su triunfo final, una especie de embriaguez se apoderó del cerebro del señor Bautista, que gritó dos veces:

¡Oh! ¡qué hermoso tiempo!, verdaderamente, qué hermoso tiempo!

Y era imposible de distinguir si era a la época de su vida anterior (ahora toda de comodidad y de reposo) a

lo que se dirigía esta vibrante exclamación, o a saludar al sol que irradiaba reverberando en la nieve recientemente caída en el *boulevard*.

Pero de todas maneras indignó a Vicente.

—¡ Eso, un hermoso tiempo ! Hay que decir que es un triste tiempo, señor ; porque el sufrimiento es grande y la miseria ruda. Sin ir más lejos, esta misma noche el viento ha destruído en parte el desván del séptimo piso donde se guarecían una viuda y sus seis hijos. Ayer no tenían pan, hoy ni siquiera están seguros de las injurias del invierno.

—Bueno ; déjame en paz, Vicente, con tus tontas relaciones ; sabes que no me gusta oír hablar de los pobres. Yo he sido pobre, Vicente, y ya ves cómo he llegado a ser rico ; que los otros hagan como yo, que especulen, ¡ qué diablo ! Ahora, basta ya de esto, dame mi cuadernillo de notas ; voy a escribir el *menu* de mi cena de Nochebuena.

Y sin la menor señal de emoción, sin el menor recuerdo para aquellos a quienes el hambre torturaba las entrañas, el señor Bautista escribió rápidamente con sus menudos caracteres de avaro impertinente :

“ *Huitres d'Ostende—Potage Colbert—Langouste en Bellevue—Filet Sauce Périgueux—Aspic de foie gras—Asperges en branches—Bombe romaine.* ”

El amor del oro había endurecido terriblemente el corazón de aquel hombre.

Para él Navidad no era sino un sencillo regocijo gastronómico. El no recordaba que en aquel día se celebraba en todas partes la fiesta de un Niño nacido en un establo, en donde sus padres habían sido recogidos por caridad, de un Niño venido del cielo a la tierra hace ya mil novecientos años, para ordenar a los hombres que se amasen los unos a los otros,

III

ANTE LA CUNA

Dios, que niega su gracia a los soberbios, se complace en manifestarse a los humildes.

La pobre viuda y los seis huérfanos que tiritaban de frío delante de las frías cenizas de su hogar extinguido, habían tenido cuidado de no olvidar la consoladora solemnidad de aquel día. Y cuando las campanas anunciaron el *Gloria*, la cristiana familia se dirigió a la iglesia.

La madre marchaba primero ; todos la seguían alegremente ; los pequeñitos tenían confianza ; ¿ no iban hacia el Rey del cielo, ese Rey tan bueno y misericordioso, ese Rey del cual los pobres son los amigos predilectos ?

—Madre—preguntó el mayor—¿ el divino Salvador calmará mi hambre ?

—Madre—repuso el más pequeño,—madre, hay que decir al divino Salvador que me dé un vestido bien caliente ; tengo frío, tanto frío . . .

Pero la madre, enseñando a Jesús tendido en las pañales, respondió :

—¿ Por qué os quejáis ? El se ha hecho pobre por nuestro amor ; soportad la pobreza por amor suyo.

Y los pequeñitos, al oír esto, se callaron. ¿ Quién de ellos se atrevería a quejarse delante de la cuna del Señor ?

Sin embargo, la valiente madre, abismada en una ferviente oración, no cesaba de repetir :

—Señor, vos que revestís con magnificencia al lirio de los valles y tenéis cuidado del pajarillo, acordaos de una desgraciada viuda y de seis pequeños huérfanos.

IV

DESDE LA COPA A LOS LABIOS

A este instante preciso el señor Bautista entraba en el comedor.

Esta inmensa pieza, espléndidamente alumbrada, era más que un comedor; era un templo; el templo del placer.

Florida como los altares, desaparecía como ellos bajo immaculados manteles, enriquecidos con preciosos encajes; la mesa soportaba las víctimas del sacrificio reposando sobre la rica vajilla de plata.

Semejante al humo que se escapa de los incensarios, cierto vaporcillo se elevaba de las viandas calientes, y *maitre d'hotel*, cuchillo en mano, grave y correcto bajo su librea de color castaño, personificaba el sacerdote de esta extraña religión, de la que el señor Bautista era miembro, un miembro muy recogido, en verdad, y muy fiel, no teniendo otro deseo que el de cumplir rigurosamente todas las ceremonias del culto.

Huitres d'Ostende.

Y ahora una copa de este vino espumoso, rubio como el topacio.

El señor Bautista alarga el brazo, ase la copa y quiere llevarla a los labios.

Pero, ¡horror!, su brazo queda inerte; quiere gritar, y la voz expira en su garganta.

¿Qué es eso?

¿Qué pasa?

¡Oh, casi nada!

Atacado de apoplejía, el señor Bautista acaba de morir súbitamente, cuando se preparaba a saborear un succulento almuerzo. ¡Dios mío! ¡sí!, la vida tiene algunas veces esos incomprensibles cambios, esos despertares crueles para los ricos egoístas.

Y hé aquí a este pobre señor Bautista, que tenía entonces tanto apetito, obligado a dejar aquellos manjares deliciosos aun antes de haberlos probado.

Ahora se siente llevado en el aire por un ángel, el ángel de su guarda, que llora, cubriéndose con sus blancas alas; el infortunado banquero ve huir a sus pies las catedrales, las veletas y los pararrayos, las campanas de las torres de las iglesias. Deja bajo él ciudadelas construídas sobre puentes, caseríos ocultos en los valles, ríos que bañan las planicies...

Y sube siempre; sube más alto que las nacaradas nubes, más alto que la luna, más alto que el sol. En fin, llega delante de un majestuoso pórtico todo hecho de oro macizo, y su ángel, parándose, le dice:

—Aquí es.

V

¡RETÍRATE DE MÍ, MALDITO!

Se introdujo al señor Bautista en un vestíbulo, donde había una balanza, cerca de la cual estaba el supremo Juez en persona, y un grande y horroroso diablo, que al ver entrar al banquero rióse malignamente, sacudiendo su cabeza coronada de cuernos puntiagudos.

—Adelantad—dijo el severo Juez:—vais a ser juzgado según vuestras obras. Rafael—añadió:—colóca en el platillo de la derecha las buenas acciones del alma confiada a tu custodia.

Los sollozos del ángel redoblaron.

—¡Ay, Maestro, tengo las manos vacías! Ya lo veis.

—No diré yo lo mismo—dijo el demonio, lanzando en el platillo izquierdo una multitud de malas obras. Los pecados de robo, de avaricia, de envidia, de cólera, de glotonería llueven allí como granizo, y el platillo baja hasta tocar la tierra.

—Ya lo veis; la cuenta está justa, esta alma me pertenece.

—¡Misericordia!—gimió Rafael—¡Misericordia!

Pero el Señor respondió:

—El tiempo de la misericordia ya ha pasado; aquí reina la justicia; que se coja a este hombre, se le aten las manos y los pies y que se le arroje a las tinieblas exteriores; allí donde no hay más que gemidos y crujir de dientes.

Un estremecimiento sacudió al señor Bautista.

¿Qué, él, el hombre más rico y considerado de su tiempo, condenado por una eternidad?

Eso nó. Un sitio en el paraíso debía comprarse como cualquier otra cosa; sólo se trata de ponerle precio, he ahí todo.

Y parando con un gesto al demonio, ya preparado a agarrarle:

—Espéra—ordenó con altivez:—pido que se me conceda que yo mismo haga el contrapeso.

—Sea—respondió el Señor—¿Qué tienes tú que poner en el platillo?

—Primeramente que se arrojen allí mis millones.

Pero en la balanza divina los millones del rico no pesarán tanto como un grano de arena.

Se hizo esto, pero el platillo no se movió un solo punto.

¡Ah! la fortuna no es nada a los ojos de Dios, pero ¿y los honores?—se preguntó a sí mismo el banquero.

Y el señor Bautista, con el corazón angustiado, turbado por el espanto de la incertidumbre, arranca febrilmente su cruz de diputado y su condecoración de la legión de honor y las añade a sus millones y a sus inmuebles; pero el platillo queda siempre inmóvil.

Entonces, con una voz terrible, el Señor exclamó:

—Vanidad de vanidades, y todo es vanidad, excepto amar a Dios y servirle. Te hubiera valido más ser bueno con el último de los pobres de la tierra; porque un vaso de agua dado en mi nombre, nunca quedará sin recompensa; pero has sido duro y egoísta. ¡Retírate de mí, maldito, al fuego eterno!

VI

UN ALEGRE DESPERTAR

—El señor está servido.

El señor Bautista se estremece, abre los ojos y exhala un suspiro de consuelo! ¡Bendito sea Dios! Todo esto no ha sido sino un sueño, un mal sueño, una horrosa pesadilla.

Sí; pero de un instante a otro puede trocarse en realidad.

Y el señor Bautista queda inmóvil, sumergido en profundas meditaciones.

Su existencia, que le parecía tan hermosa aquella mañana, le parece ahora odiosa y manchada con mil crímenes.

¡Ah!; había que repararlo mientras todavía era tiempo.

Y el millonario se alza de su asiento y llama a su ayuda de cámara:

—Vicente, ¿no me has hablado de una desgraciada familia que se encuentra en esta misma casa?

—Sí. i. . .—balbuceó Vicente acordándose de la manera poco afable con que habían sido recibidas sus confidencias.

—Una familia compuesta de una viuda y de seis hijos, ¿no es verdad?

El pobre criado, más y más desconcertado, inclinó la cabeza en signo afirmativo.

—Pues bien, Vicente, es necesario subirles los manjares de mi cena. ¿Cómo quieres que coma yo solo ostras, un potaje, una langosta y todo lo demás? Esos pobrecitos no harán de ello más que un bocado; va a ser encantador verles devorar estas cosas exquisitas, de las cuales ni siquiera conocen el nombre. Pronto: ahora deben estar en la misa, será para ellos una buena sorpresa cuando vuelvan.

Vicente no puede salir de su estupor; pero como la orden es apremiante, la ejecuta en el acto.

Y hé aquí que los estrechos corredores del séptimo piso, allí donde no se respira sino los aires enrarecidos de la cocina del pobre, se llenan de repente de un exquisito perfume de trufas, de un apetitoso aroma de manjares diversos.

Y a su vuelta al hogar, los huérfanos encontraron una mesa maravillosamente servida, en aquella buhardilla que habían dejado poco antes desnuda y desierta.

—¡Madre!—exclamaron—madre, ¡milagro! El divino Salvador ha escuchado nuestras oraciones y ha enviado uno de sus ángeles a visitar nuestra miserable casa.

—Sí, hijos míos—respondió la madre;—el Señor os ha enviado uno de sus ángeles; el ángel de la limosna.

Y al decir esto, besa con transporte las manos de su bienhechor.

El señor Bautista, profundamente conmovido, empieza a comprender que hay una cosa más grande que la especulación, más noble que ella, y esta cosa es la caridad cristiana.

VII

EL JUSTO JUICIO

Aquella misma noche la muerte, con sus sombrías alas, rozó la grande casa de que hemos hablado. El señor Bautista y el más joven de los huérfanos aparecieron juntos ante el tribunal de Dios. El niño fue enviado con gran pompa al coro de los serafines, mientras que al rico banquero se le hizo una espléndida recepción en el cielo.

—Pero—preguntó el pequeño—¿pasa aquí como en la tierra? ¿Se reservan los favores a los más afortunados?

En seguida le respondieron:

—Los pobres entran aquí por derecho de ciudadanía; pero los ricos no son casi nunca admitidos; así,

cuando por acaso recibimos uno, tenemos grande fiesta y regocijo, porque está escrito:

“Hay más gozo en el cielo por la conversión de un pecador, que por la perseverancia de noventa y nueve justos.”

JUANA DE LACLLEROUSSI

LA VOZ DEL SALVADOR

¡ Solemne atardecer ! Del sol poniente
brilla la luz postrera,
y al hundir en el mar su regia frente,
un bucle de su rubia cabellera
quedó prendido en la escarpada cumbre.

El Divino Maestro de Judea
camina entre apiñada muchedumbre ;
la brisa en sus cabellos juguetea,
los serenos fulgores de sus ojos
convierten en dulzuras los enojos,
en bálsamos y miel cambian las penas,
y tornan del desierto los abrojos
en purísimas, blancas azucenas

¡ Ojos divinos, ojos placenteros
que encendieron el Sol y los luceros !

Llega del mar a la desierta orilla,
y porque oiga su voz grave y sencilla
la turba de creyentes
que en su palabra salvadora espera,
asciende el buen Jesús a una barquilla
anclada en la ribera.
Blanca es su vela cual nevada pluma,
y al vaivén de la brisa que la azota
y al empuje de plácida marea
semeja la barquilla una gaviota
que ágil se balancea
sobre el nítido encaje de la espuma.